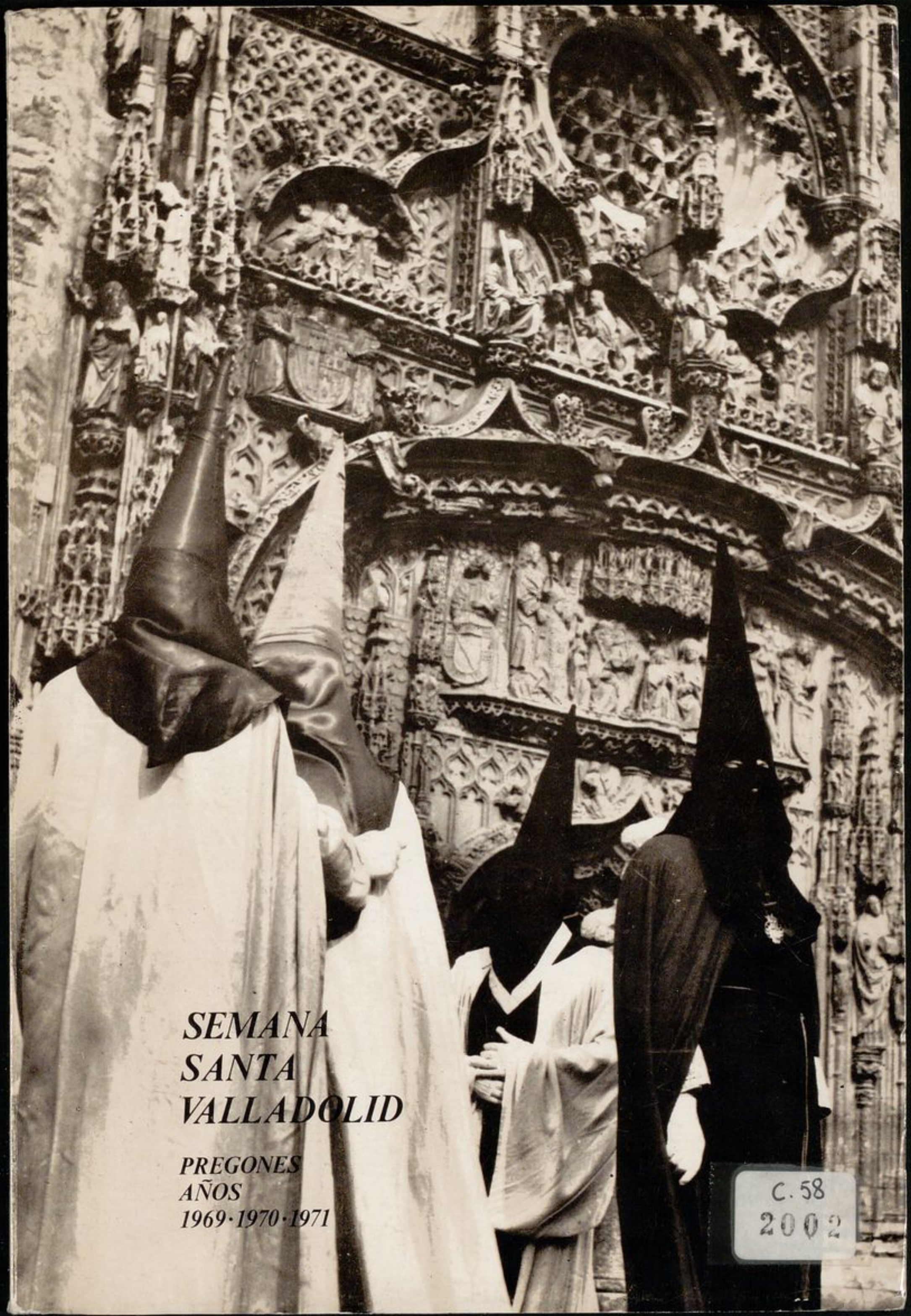


# *SEMANA SANTA VALLADOLID*

*PREGONES*
*AÑOS*
*1969·1970·1971*

C. 58
2002

ARCHIVO MUNICIPAL

1162408

C. 58 - 2002

FOL 4028-1

Ayuntamiento de Valladolid
Archivo Municipal
R. 4935

TEXTOS DE LOS PREGONES PRONUNCIADOS POR:

D. RAFAEL DUYOS GIORGETA - AÑO 1969

EXCMO. Y MAGFCº. SR. D. LUIS SUAREZ FERNANDEZ - AÑO 1970

EXCMO. SR. D. JAIME DE FOXA (CONDE DE ROCAMARTI) - AÑO 1971

INRI

PREGON AÑO 1969

D. RAFAEL DUYOS GIORGETA

MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA

*Sección de Pintura*

Reverendísimo señor;
Excelentísimas autoridades;
mis buenas gentes vallisoletanas
de Cofradías y Hermandades
que me habeis confiado
—con ello mucho honrándome—
este pregón de vuestra
Semana Santa inigualable.
Hermanos todos en Jesús
y en su bendita Madre:
pedid por mí, pues no quiero estar solo.
Ayudadme. Ayudadme
para que este juglar que llevo dentro
tenga miel en los labios y coraje
con que poder cantar y hacer llamada
del celestial y popular Mensaje,
para que todo el mundo
—gente de toda ideología y clase—
sepa y conozca
lo que en Valladolid
vale vivir —porque lo vale—
su Gran Semana Santa,
ya con la primavera despertándose...
Los poetas pregonan tantas cosas...
Los poetas anuncian tantas fiestas...
Los poetas recuerdan tantos gozos...
Los poetas presienten tantas penas...
Poesía es profecía,
cantaba mi lira vieja...
Poesía es profecía,
repite mi lira nueva...
Es como un pálpito constante
que cada hora, cada día,
nos mantiene en alerta...
Es como tener los ojos del alma puestos
en lo invisible, en la nostalgia
o en la ausencia...,
en cosas intocables que, de pronto,
vienen del sueño a ser viva materia;
de lo imposible a lo real,
pasando de la bruma y la leyenda
a ser historia, ser verdad,
algo que, aunque lejano, está tan cerca
que ha ocurrido ayer mismo
aun con ya dos milenios entre medias.
Otra vez bajo el cielo de Castilla
vuelve a lucir el cielo de Judea,
y las mieses y vides
de la Tierra de Campos
son las de la parábola evangélica...
Y hoy en Medina

como ayer en Betania
se abren al sol las rosas entre piedras
anunciando a las gentes que está a punto
de llegar el Mesías
que sobre todos los mortales reina.
A este Mesías hay que pregonarle
—El mismo lo pidió—
por todos los confines de la tierra...
Pregonando, cantando
por todos los caminos
van los juglares, andan los poetas...
¡Pregonar! ¿Qué es pregonar?
Pregona el que cuenta algo que ha ocurrido,
pregona el que anuncia lo que va a pasar,
pregona el que pide por los que sufren
una tormenta, un terremoto
que abate una ciudad.
Y pregona el que quiere vender algo;
su equipaje de ideas,
su cosecha frutal...
El pregonero
debe la voz alzar
porque le escuche el pueblo
y las gentes que lejanas están
pero que oyendo la llamada toman
la senda que hasta aquí les traerá...
Tambores, añafiles y vihuelas,
como en el tiempo medieval,
deberían de ser para el pregón
su inmarchitable fondo musical.
Tambores, añafiles y vihuelas
que en su momento callarán
cuando el Misterio, el Gran Misterio
por las plazas y calles cruzará
convidando al silencio y a las lágrimas
al paso, de verdad, de la Verdad...
Porque estoy pregonando aquí en Castilla.
Todo Valladolid es mi escenario
y está mi sangre levantina
con latidos de pólvora saltando
para hacerse estallido jubiloso
en el balcón barroco de los labios...
Porque estoy en Castilla,
la que por Santander — por la montaña—
se asoma al Mar Cantábrico
trayendo en mi pregón salpicaduras
de espuma de mi Mar Mediterráneo...
Pregonar es muy fácil.
Resulta fácil cuando
la voz del pregonero anuncia cosas
como a precio de saldo...

Pero qué impresionante es pregonar
cuando el producto, lo que se vocea,
si se vendiera, sería tan caro...
Porque asegura nada menos
que el constante milagro
de salvar a las almas
que se abrazan al Cristo del Calvario...
No pregono para vender.
Lo que pregono lo regalo.
No tiene precio. A todo
el que lo pida se lo damos.
¿Quién quiere el Evangelio puesto en pie,
sin mistificaciones, paso a paso...?
¿Quién quiere hablar con Cristo y con su Madre
lo mismo que ELLOS nos están hablando...?
No. No pregono rosas,
ni carteles de toros bravos,
ni triunfadores de canción moderna
ni «primadonnas» del «bell canto»...
No. No pregono rosas,
ni naranjas, ni pájaros;
aunque el poeta alce su voz
nada menos que el veintiuno de marzo
cuando recién nacida
está la primavera
en todo y para todo ya tentándonos...
Tan sólo —y eso sí— pregono y pido
el trigo dorado
y el mosto escarlata
que la Mesa de Pascua está esperando.
Tan sólo el Pan y el Vino
quiero para el Pregón, para mi cántico,
porque tenga mi voz
bajo este cielo vallisoletano
la afinación y el tono
del eucarístico mandato
cuando Cristo se queda entre nosotros
para siempre
antes de ser —morir— crucificado,
cuando Cristo pregona —pregonero
de sí mismo— su drama del Calvario
ante el corro de atónitos Apóstoles
en torno de la Mesa del Cenáculo...
El, sí que es pregonero de esto que
nosotros, ya orillando dos mil años,
por obra y gracia de imaginería
estamos por la Fe considerando...
El, sí que es pregonero cuando llama
en la cima del monte
a los humildes bienaventurados
y por los pobres y los niños

pide a los poderosos el legado
de bienes e ilusiones a los que
—a pesar suyo— se resisten tantos...
El, sí que es pregonero de la Buena
Nueva por la que el Padre le ha enviado,
pregonero sin trampa
de su propia Pasión, su Viernes Santo,
¡el primer VIERNES SANTO de la tierra
dando nuevo sentido al calendario
con la esperanza temblorosa
del silencio del Sábado
y con el júbilo y sorpresa
del Domingo primero del Señor
apareciendo ya resucitado...!
¿Cómo una voz, mi pobre voz,
puede atreverse a tanto,
ni a ser eco siquiera
de lo que pronto vamos
a ver por estas calles
con un aire jerosilimitano,
con un abril igual a aquel abril
en el que El, se entregó para salvarnos...?
Cristo es reo de muerte sin remedio
desde que ven que resucita a Lázaro
y que puede con todo y contra todos
los poderosos y los sabios.
La envidia y la mentira
le están tendiendo sus oscuros lazos.
Y la luna en creciente —como ahora—,
la luna del Nisán palestiniano,
ilumina las sendas de traiciones
que en la ciudad y el campo
recorre Judas por vender
al Santo de los santos...
Sólo el ladrido de unos perros
despertará con sobresalto
a cuantos duermen inocentes
de lo que el Iscariote está tramando...
Y los ojos sin sueño de la Virgen
con un materno pálpito
estarán centinelas
por el Hijo, guardándolo;
esos ojos —¡Dios mío!—
que no se atreven a cerrar los párpados
y andarán, sin palabras, noche y día,
al hombre de Keriot interrogando...
Ojos sin sueño, abiertos,
como los nuestros
en este fin de marzo
queriendo verlo todo
para aprender mirando

lo que la gubia
de los imagineros
nos dejó en sus maderos castellanos...
Ojos sin sueño como fueron
los de María en días tan dramáticos
para llorar con Ella como lloran
los de verdad enamorados
cuando se muere el ser querido
—madre, padre, marido, novia, hermano...—
aunque el agua celeste de la Fe
llene y llene los cántaros
para saciar la sed de esta esperanza
que, a pesar de la muerte; está rondándonos...
Ojos sin sueño, amigos.
Ojos en vela, hermanos,
para que de un Domingo a otro Domingo
contemplemos el triunfo de los Ramos
y la Pasión y Muerte y el hosanna
de la Resurrección con sus relámpagos
de gloria y aleluyas
en el sepulcro milagrosamente
deshabitado...
Valladolid huele estos días
a los jazmines del monte Sión
y se llena de la brisa del Huerto
del olivar cuando oraba el Señor
y los Apóstoles dormían a pesar
de que les suplicó
tantas veces: «¡Velad, estad alerta!»,
y le dejaron
en soledad con su oración...
Valladolid quisiera
para cada español
en estos días santos
la gracia de un balcón,
que toda España contemplara
—no piezas de museo,
sino auténtica vida y clara voz—
esta imaginería inigualable,
fuerte, recia, barroca, a pleno sol
o en los atardeceres
cuando los Cristos sangran de verdad
y las Vírgenes lloran como nunca
ninguna madre
supo llorar...
Valladolid quisiera que el pregón
diera en los cuatro puntos cardinales
con sus flechas de versos
llamando a las lejanas cristiandades,
las que en otros países, los de gélidos
climas, bien desean nuestra sangre

para vibrar como nosotros
volcados en el drama palpitante...
No. No son procesiones.
Y no. No son imágenes.
No son «pasos» nacidos
al conjuro del arte.
Es Dios, es Cristo mismo
y es María, su Madre,
los que en Valladolid van a asomar
su propia Historia por las viejas calles.
Y esto es así porque a las manos
de artistas como Alonso Berruguete
o Juan de Juni o Gregorio Fernández
las empujaban por la fe encendidas
las propias manos de los Angeles...
No. No son procesiones.
Es compartir el drama de una sangre
que por treinta monedas se ha vendido
en un oscuro y traicionero arranque.
Es estar en la Calle de Amargura
para sentirse todos cirineos
o intrépidas verónicas gozando
la sorpresa del rostro sobre el lienzo...
Es sentirse Longinos con la lanza
atravesando el pecho,
o Dimas escuchando las palabras
que le aseguran, inmediato, el Cielo...
No. No son procesiones.
Hay, hay tanto silencio
y tantas ganas de rezar —¡rezar!—
y son tan sobrehumanos los deseos
que, cuando pasa Cristo, es Cristo mismo
el que nosotros vemos
y si es María la que llega
vamos con Ella tras el Hijo muerto...
Valladolid, ¡escucha!, yo pregono
con la ilusión más alta,
la maravilla de esplendor,
la maravilla y gracia
de esta policromía milagrosa
que reluce en los «pasos»
de tu Semana Santa...
El cristal de los ojos, los cabellos al viento,
los pliegues de las ropas, las pieles requemadas,
las manos implorantes, los labios temblorosos,
las cruces como bosques entre un bosque de lanzas...
Toda una teoría de Vírgenes y Cristos
que, del Jueves al Viernes, vuelca la madrugada
en la que, por salvarnos, JESUS es entregado
por Judas con el beso de la saliva amarga...
Pedro Rincón, maestro de Gregorio Fernández

—antes de que éste sueñe con superar su fama—,
está tallando al Cristo que en lo alto del Calvario
vence y convence al mundo con sus «Siete Palabras»...
Manos de Cristo muerto...
Manos sin sangre, exhaustas,
con las que yo soñé verso tras verso,
noche tras noche, atónito,
pensando en esas manos que nos llaman
a pesar de estar quietas, ya sin pulso...
Así yo las cantaba
sintiéndome sujeto para siempre
a esas manos por Dios mismo talladas...
Las manos del Señor eran... como eran
las de Moisés al recoger las Tablas:
duras para imponer los mandamientos,
y ásperas, recias, firmes, despiadadas,
arrojando del Templo a mercaderes
con látigo implacable y voz airada.
Las manos del Señor eran... como eran
las de David, ya rey, pulsando el arpa ...
Eran de alegre giro acompasando
el son de sus palabras,
musicales batutas para el coro
de sus celestes bienaventuranzas...
Las manos del Señor eran... como eran
las de los carpinteros: toscas, rápidas,
diestras para tallar viejos maderos;
dentro de su humildad, como doradas,
pues los rayos del sol de Galilea
las encendían mientras predicaba
y parecía, con la luz del véspero,
que eran como de fuego, pura llama...
Las manos del Señor eran palomas
huídas de la jaula
en torno de su verbo estremecido
por el fervor de las parábolas...
Las manos del Señor, en su ternura,
sólo con acercarsè, acariciaban...
Se sentía su piel ardiente y suave
sin llegar a tocarlas,
bastando el inclinarse a recibir
su bendición, cuando El pasaba...
Las manos del Señor, Pastor y Príncipe,
Artesano y Rabí, Siervo y Jerarca,
se hubieran conocido entre millares
de manos de judíos congregadas,
por su perfume indescifrable y único,
por el gesto de amor que a todos daban...
En la tarde del Viernes, cuando el buen
José de Arimatea desclavaba
el Cuerpo de Jesús para enterrarlo

en el jardín cercano de su casa,
las manos del Señor fueron —¡de pronto!—
como las de su Madre: frías, blancas.
Frías y blancas como las tenía
la Virgen, desde aquella impar mañana
en que el Arcángel mensajero
su respuesta esperaba...
Jesús, ya muerto, se tornó como Ella,
con su perfil de nazarena traza,
más claro aún que en vida y por honrar
a Aquélla que le tuvo en sus entrañas...
En el instante del Descendimiento,
la muerte le acercó a la dulce infancia;
y sus manos, sus manos sobre todo,
inmóviles, sin pulso ya, enlunadas,
hicieron exclamar a las mujeres:
¡Tiene las manos de Miriam! ¡Miradlas!
Todos miraron a María... Todos,
de Hijo a Madre las manos comparaban,
medrosos, sorprendidos,
entre gritos y lágrimas...
¡Se le han puesto las manos de su Madre!
Miriam, la Madre, no decía nada...
Sabía que esas manos no eran suyas,
ni siquiera del Hijo al que enterraban,
¡sino de DIOS, exangües, pero a punto
de la Resurrección, llenas de gracia!
«¡Llenas de gracia!» aún más, mucho más que Ella
cuando vino Gabriel a saludarla...
¡Eran como eran las del Padre el día
en que creó a los mundos de la nada...!
¡La manos del Señor! ¡Ay! ¡Quién pudiera
ser Juan —junto a María de Magdala—
y como él, bajo el cielo del Calvario,
acercarse a esas manos y besarlas...!
No es la mano del alto imaginero
la que esas manos labra.
Angeles del taller se habrán llevado
el secreto celeste que las plasma...
Valladolid se mira en esas manos
y por ellas se guía, sin palabras,
bajo el ardiente sol
de la ciudad silente y entregada
para llegar al monte de Fe
donde el Resucitado nos aguarda
vencedor de la muerte, de Su muerte,
como todos —por EL—
lo seremos mañana...
Valladolid espera...
¡Todo en su primavera es esperanza!
Y la Plaza Mayor merece en este día

que la reconozcamos Plaza Mayor de España,
pues Cristo muere en ella como en Jerusalén
cuando ya la hora nona del sol cae en la plaza...
¡Venid cristianos, todos, los de la fe robusta!
¡Venid también aquellos, los de la fe iniciada!
¡Venid también los hombres sin fe para sentirla
como esta primavera que de rosas estalla...!
Porque Cristo no muere sólo por los cristianos...
Cristo muere por todos y, aunque le den la espalda
muchos, El les espera con idéntico amor
en estos días grandes, solemnes, de su Pascua...
De Domingo a Domingo, Valladolid en pie,
sin perder un instante, reza, sueña y aguarda...
María, la que dicen de San Lorenzo, está hoy
con el Niño en los brazos, sentadita en Santa Ana,
entre lienzos de Goya y de Bayeu orlando
la vigilia perenne de monjiles estancias.
La Virgen, en su silla, igual que en Nazaret
en los atardeceres cuando a José esperaba
de vuelta de la entrega de bancos y alacenas
nacidas de sus manos humildes, artesanas.
La Virgen en su silla, guardesa de las gentes
que, con razón, presumen de vallisoletanas.
¡La Virgen sin la cual no se hubiera encarnado
el Verbo de Dios Padre que muriendo nos salva!
De Domingo a Domingo, Valladolid, con Ella
sigue a ritmo doliente las tremendas jornadas,
como si «los cuchillos» que ya su pecho espera
nos hirieran el nuestro compartiendo su drama...
Juan de Juni, ¡respóndeme! – Desde tu sepultura,
¡que tiemblen tus cenizas como resucitadas! —
Tú que con Berruguete y Gregorio Fernández
compones en Castilla la terna de la fama...
Juan de Juni, contéstame; ¿dónde estás que no vienes
a ver este «Calvario» que tus manos forjaran...?
Del cielo merecido, por hacer lo que hiciste,
desde un balcón de nubes... ¡escucha hoy mis palabras!
Hoy te siento escondido, pero aún vivo, en las vestes
de la Virgen y Juan y María Magdala;
y aún rezuman de sangre con tu sangre las manos
de este Cristo transido de expresión sobrehumana...
¡Ay, Calvario de Juni que, las Huelgas Reales
oculto en su clausura, celosas, adoraban!
Después de tantos siglos sin ver ni sol ni estrellas,
has vuelto a ver la luz por las calles y plazas
para venir aquí donde no hay quien te mire
¡sin que asome a sus labios un temblor de plegarias!
Te noto aquí a mi lado, te siento tan de cerca,
que es como si un milagro de amor me despertara ...
Cristo, desde esta Cruz, mientras yo le pregono,
le da a Valladolid con su postrer mirada

el mejor testamento, pues siendo de madera,
nos parece de carne, de muerto que aún nos habla...
Estás aquí escultor Juan de Juni, sin fechas,
dándonos testimonio de tu fe y de tu gracia,
mientras este Calvario por vez primera vemos
y a Dios le preguntamos si El mismo te ayudaba
cuando en tu barroquismo —cabellos, piel y telas
y manos suplicantes o descorazonadas—
insomne te quedaste —los escoplos en éxtasis—
y los ojos velados como en niebla de lágrimas...
Respeto y miedo da tener que alzar la voz
ante esta maravilla que hoy de su hogar se escapa
dejando atrás un mundo con incienso de siglos,
espesas celosías y medievales tapias...
Mas volvamos al río del pregón que me lleva
rumbo a la mar de un arte de velas siempre izadas.
Vienen otros artífices también con su luz propia
aunque su nombradía tantos lauros no alcanza.
Sois vosotros modestos segundones magníficos
de la imaginería. ¡Despertad! que ya se alzan
los «pasos» con que disteis al pino castellano
destino de figuras de la Pasión cristiana.
No hace falta nombraros. Todo el mundo os conoce.
¿Adónde no ha llegado la voz de vuestra fama?
El trío de «los grandes» no apaga vuestros nombres
y el Jesús Nazareno de Pedro de la Cuadra
sabe de los afanes con que también le forjan
—¡Ay, Cristo del Perdón!—
las manos fervorosas de Díaz de Tudanca.
Y antes que «los ladrones» de Gregorio Fernández,
creó «el Crucificado» Francisco de la Maza.
Y «los durmientes» hechos por los hermanos Rozas
—Alonso y José— diestros
en dar a las maderas, con sus escoplos, alma...
Y esos «Preparativos» de la Crucifixión
que, febril, con insomnio, nos legó Juan de Avila
cuando ya declinando el siglo diecisiete
Valladolid tenía ya su Semana Santa
esculpida con magias de mil policromías
como si el arco iris sobre ellas despertara
dando luz a la piel y el ropaje de aquellos
que son testigos vivos del Cristo al que acompañan...
Aquí en Valladolid dejó Marcelo
Martínez el secreto
de ponerle color a las estatuas
policromando las maderas
con una maestría inigualada,
mientras Hervás Garcés tallaba vidrios
como ojos de verdad, ojos con alma
para las huecas órbitas,
dándole fuego humano a las miradas

cuando al anochecer sobre la Esgueva
los primeros luceros se asomaban...
¡Ay, talleres modestos de Hervás y de Marcelo,
juntos en un trabajo que tanto les hermana,
mientras con las imágenes sin color ni pupilas
(y porque se los deis a la Madre angustiada
igual que al Hijo muerto), el gran imaginero
que es Gregorio Fernández —prolífico sin tasa—
como un cofrade más se llega a vuestras puertas
repicando impaciente vuestras viejas aldabas...
Y nunca acabaría de nombraros
si a todos os nombrara...
Venid los no lejanos como Claudio Cortijo
que al «Cristo del Despojo» da una pobreza trágica,
o estos de hoy, Juan Guraya de el «paso» de «La Cena»
cuando el Pan eucarístico ya es carne que arrebata;
y Lázaro Gumiel con su «Crucificado»
estampa de una muerte que la vida regala...
Y todavía más, en mi pregón saltando,
los ocultos, sin rúbricas, en vuestras bellas tallas...
¡Oh, nombres ignorados de los imagineros
que hoy llamamos, sin nombres, «Escuela Castellana»...!
¿Cómo eran vuestras vidas? ¿Quién fue vuestro maestro?
¿En qué burgo nacisteis? Vuestro hogar ¿dónde estaba?
¿En qué taller forjasteis, a orillas del Pisuerga,
tantas bellas imágenes que a la oración nos llaman?
¡Bendigo vuestro incógnito afinando mi lira,
la que, sin conoceros, os evoca y os canta!
¡Gran escolta de artistas para estos días santos
con que Valladolid estremece sus calles!
Gran escolta de artistas para el trío famoso:
ALONSO BERRUGUETE que tomó a Miguel Angel
y a Donatello el modo de hacer con la madera
lo que los italianos labraban en sus mármoles...
Berruguete soñando y cuajando sus sueños
en los vivos retablos de un modo alucinante,
dejándole a estos reinos por todas sus provincias,
en reguero encendido, la flor de sus altares
que aquí en Valladolid —Roma y Florencia unidas—
por él fueron y son como en ninguna parte...
Y tú, Juan el francés, JUAN DE JUNI el gabacho,
que a Castilla al igual que el Greco asimilaste
para volcar el ansia de tu barroca entraña
en ese «Santo Entierro» terrible, alucinante;
y ese «San Sebastián» que parece imposible
de tan vivo y ardiente como tú lo labraste;
y la Virgen que dicen de «Las Angustias», Virgen
de «Los Cuchillos», Virgen de los altos pesares,
que por nuestros pecados avanza acuchillada
como tú, de tu mano, Juni, nos la dejaste...
Y cerrando esta terna

de escultores geniales,
tras ellos, conociéndolos,
pero sin imitarles,
con sus «Crucificados» y «Yacentes»
y Vírgenes —Angustias y Piedades—,
la gubia realista, castellana,
de Gregorio Fernández,
con esa «Quinta Angustia», obra maestra
que hace llorar al ver cómo la Madre
sostiene al Hijo muerto preguntándonos
si hay dolor como el de Ella en ese instante...
Los TRES, Alonso, Juan, Gregorio, nos parecen
los locos del cincel labrando eternidades.
No hay nadie en este mundo
que a vosotros se iguale.
Valladolid, el vuestro, el de nosotros,
abre sus balconajes
para sentir a Cristo
como nadie de cerca, como nadie;
y para abrir los ojos
de la casa y del alma, y extasiarse
viendo vuestros prodigios en los «pasos»
a la caída de la tarde...
Aquí, ciudad de príncipes
del más alto linaje,
donde nacieron y murieron reyes
y hubo bodas reales...
Aquí, donde Isabel, infanta rubia
—como espiga mayor de los trigales—,
vino a casar —este año hará los cinco
siglos— con don Fernando el arrogante
príncipe de Aragón, en el Palacio
de los Vivero, en las jornadas vendimiales
de un octubre en que bronces y clarines
su alegría nupcial dieron al aire
presintiendo gozosos que estas bodas
—a espaldas de manejos intrigantes—
¡BODAS DE LA UNIDAD! acabarían
en España llamándose...
Hará quinientos años en octubre.
Valladolid se apresta para honrarles
y con el «Tanto monta, monta tanto»
ya está Valladolid engalanándose;
ciudad tan nobilísima marcada
con los «yugos y flechas» aurorales,
para ser, entre todas las de Hispania,
dueña en el señorío del lenguaje,
donde estuvo el timón del gran imperio,
se abrieron guerras y nacieron paces...
Aquí, centro de España,
cuando Carlos de Gante

tuvo para Isabel de Portugal
—antes de que el Ticiano la pintase—
en sus labios de César
la flor de los mejores madrigales
todavía con el nativo acento
de las lejanas brisas de su Flandes...
Aquí, donde Colón cerró sus ojos
de poeta Almirante,
sin presentir que todo un nuevo mundo
y por decreto
de Sus Altezas Reales,
pendría en la leyenda del escudo
y en las manos leales
del hijo —el primer duque de Veragua—
la Grandeza de España inmarchitable...
Y aquí en Valladolid dejando ya
las figuras humanas como al margen
de la historia, es Dios mismo quien nos llama
por obra y gracia de la Gracia hecha arte.
Quisiera estar contigo, Francisco de Rincón,
que diste magisterio a Gregorio Fernández,
mientras clavado ya en la Cruz nos decía
que, igual que para Juan, Su Madre es Nuestra Madre...
Con pulso de verdad,
con auténtica sangre,
tu «Santo Cristo de los Carboneros»
con sus centurias de cofrades,
cuando en la madrugada, aún entre sombras,
antes que el alba rompa en claridades,
cuando el viernes ignora que va a ser
VIERNES que ningún viernes va a igualarle,
¡alza la Cruz bandera de esta España
que anduvo por la Cruz siempre adelante...!
De Domingo a Domingo no hay un día
en esta gran Semana impresionante
en que Cristo no asome a nuestras almas
a templar con su luz nuestros afanes
y a que olvidemos nuestras faltas,
nuestros malos olvidos y pesares,
a que nos acerquemos
a sentirle, a escucharle
cuando una voz nos diga en nombre suyo
esas «SIETE PALABRAS» inmortales
bajo el toldo celeste de la Plaza
Mayor junto a las cruces delirantes;
y tengamos la sed
—no sed de agua, sí de almas que aún no saben—,
y tengamos la sed
de ser merecedores
de escuchar como Dimas esa frase
que nos abra la puerta de los Cielos

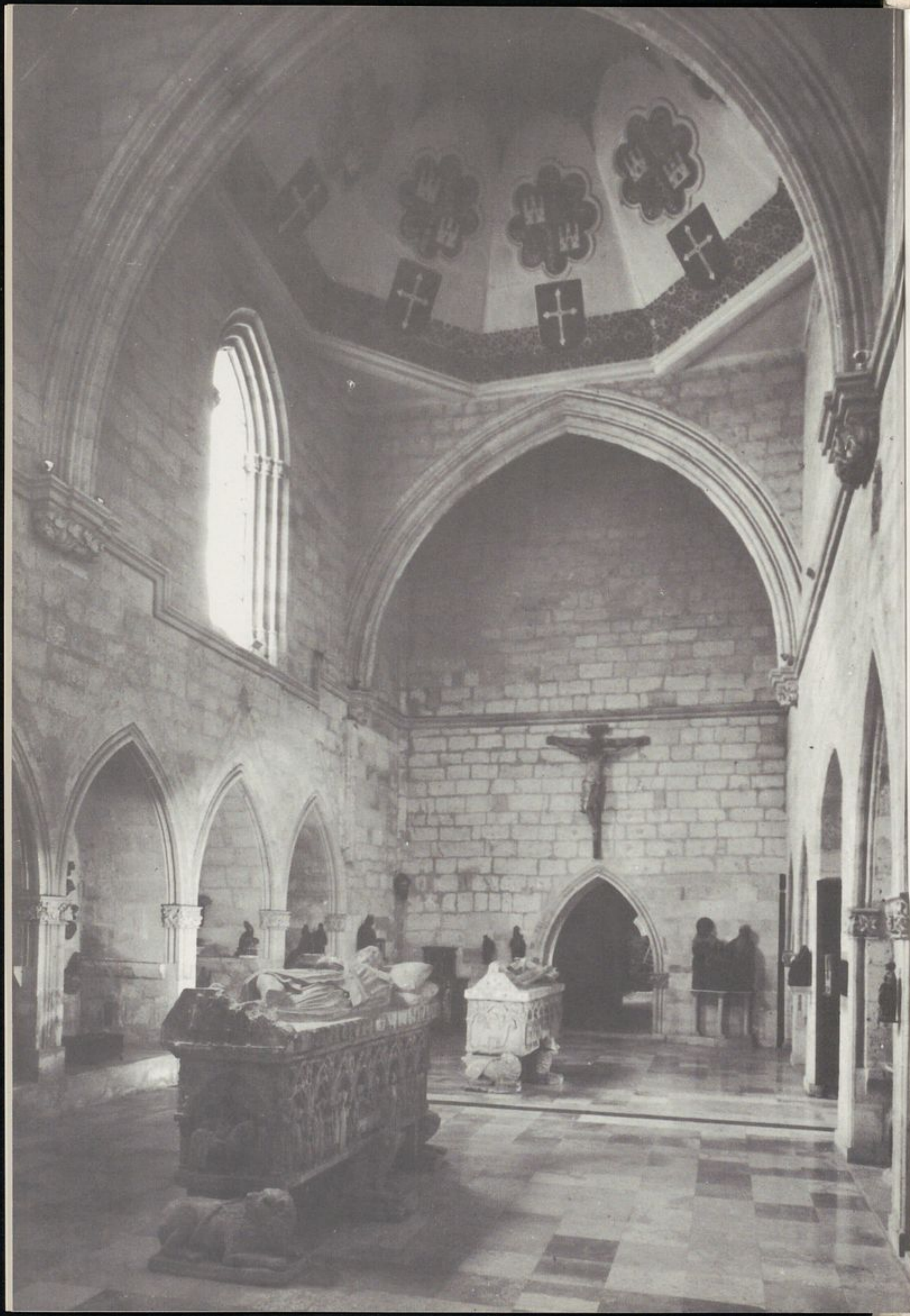
ya sin las ligaduras terrenales...
¡Plaza Mayor del gran Valladolid!
vieja Plaza Mayor con nuevos aires
de un futuro esplendente
sin pausas y sin prisas —como dijo
de las estrellas el germano vate—;
Plaza Mayor en donde están centrados
el Viernes Santo los ensueños grandes
de las gentes que creen
a pie juntillas, firmes y cabales,
no porque han visto sólo con los ojos
sino a impulsos del alma y de la sangre...
Un orador sagrado,
palabra por palabra,
nos va a evocar las «siete» con que Cristo
desde la Cruz nos traza
esa última lección
con la que a todos salva...
Un orador sagrado nos recuerda
en la hora sexta —ya la Cruz alzada
como lábaro santo—
el testamento en que el Señor declara
que somos —como Juan— hijos de Aquella
que le llevó, sumisa, en sus entrañas,
llamándose «La esclava del Señor»
y de cuanto El mandara...
Un orador sagrado que nos hace
vivir la hora más dura, la más trágica,
—la hora de nona—
repitiendo que todo se ha cumplido
y todo queda unido a la esperanza
de la Resurrección que en el sendero
de la Fe vive intacta...
Un orador, en su sermón
de elocuencia sagrada
se acerca año tras año en ese Viernes
de la Aurora cristiana,
a traernos los gozos y pesares
de las «siete palabras»
mientras la «parasceve» se aproxima
bajo la luna llena de la Pascua...
Pero además de «a escuchar»,
venid «a ver», sin embargo,
porque también, a fuerza de mirar,
el alma olvida todos los pecados...
Venid a ver a este Dios
por nosotros inmolado
y que se ofrece a nosotros
—imagen, santo de palo—
por la inspiración y el arte
de esas incansables manos

que movieron los cinceles
de los genios castellanos...
Venid a ver a Jesús,
venid a seguir sus «pasos»
con este inmenso silencio
que ni el rezo cotidiano
se atreve a turbar al verle
ya en su Viernes, Viernes Santo,
con el peso de la Cruz
calle arriba caminando...
¡Silencio! No hay más saetas
que las de los propios clavos,
los clavos sobre la Cruz,
manos y pies sujentando...
¡Silencio! No hay más saetas
en la cumbre del Calvario
que la lanza de Longinos
abriendo el dulce costado...
¡Silencio! ¡Qué bien se reza,
qué bien se piensa callando!
Danos, Señor, en un mundo
de blasfemias,
gritos y frívolos cánticos
el don del silencio grande,
a ver si estando callados
aprendemos como niños
a hablar sin ser deslenguados,
a saber que sólo en Ti,
por la fuente de tus labios,
si sabemos escucharte,
el mundo estará salvado
y el mundo será ese mundo
que para todos soñamos;
¡un mundo sin hambre!, un mundo
en que, de verdad hermanos
seamos todos en nombre
del Cristo Crucificado,
un mundo sin diferencias,
sin distancias, sin los falsos
anuncios de una igualdad
que, el Evangelio olvidando,
no se acuerda que está en Cristo
la Paz y el Bien que anhelamos...
Danos, Señor, comprensión
entre todos los cristianos
y con aquellos que no
te conocen aún: y danos
la gracia de proclamar
tu Fe a ateos y a paganos,
y a los que te ignoran y
mueren luego abandonados

porque no supimos nunca
quererles
como Jesús lo ha ordenado...
¡Callemos! La penitencia
del silencio
que borre nuestro pecado,
pues se dicen tantas cosas
—sin hablar—
sólo, tan sólo pensando...
Y cuando pasen las Vírgenes
con sus cuchillos clavados,
«Soledades», «Dolorosas»,
«Angustias» de rostros pálidos,
entonces... ¡sí! ¡hablad! ¡rezad!
¡desgranad vuestros rosarios
y enternecedla con mimos!
que Ella nos está escuchando
y las madres ¡nunca dicen
que no!... Jamás se negaron
a lo que los hijos piden
cuando piden como hermanos,
cuando unos por otros ruegan
de igual amor abrasados...
¡MARIA...! ...Sólo María...
Sin advocación te llamo;
María, la castellana,
la de la Tierra de Campos,
estrella del norte, estrella
del Cid del romance arcano,
la que en Peñafiel le dices
al Duero tu mejor cántico
con el eco del «Magnificat»
por las aguas resonando
junto al solar de poeta,
del infante legendario...
María en Rueda, en Olmedo
y en Medina... ¡En todos lados
tu nombre, María, luce
sobre estandartes y lábaros!
María de Tordesillas
—el pinar al son del Angelus—...
María de Siete Iglesias
—ya Salamanca alcanzando—...
María de Villalón
y de Viana mientras vamos
al Archivo de Simancas
por ver, María, tus lauros
en los papeles más viejos
del historial castellano...
María... ¡María a secas!
en todas partes guardándonos...

María sin más ni más,
en la ruta de Santiago,
como si el camino fuese
cielo recién estrenado
al encender con tus ojos
veredas de oscuro tránsito...
María, la que a Gabriel
digiste... ¡Sí! y el pecado
tuvo, por Ti, en tus entrañas,
un Salvador Soberano...
María... Todas las calles
de Valladolid te esperan;
y yo pregono en tu nombre,
por tu ejemplar entereza,
por la Fe con que supiste
darnos de amor tantas pruebas,
y darnos al Hijo... ¡al Hijo
vencedor de las tinieblas!
Yo pregono porque me oigan
gentes de todas las tierras,
porque aquí, en Valladolid,
la Semana Santa llega,
y no, no son procesiones
lo que las gentes contemplan:
¡es el Cielo que desciende
dando Gracia a la madera
y la madera latiendo
con pulso de vida plena...!
¡Mirad! ¡Acercaos! Ya pasan;
Cristo en su humana Grandeza
pero con fulgor divino
en su frente galilea;
y la Virgen, Juan, Longinos,
Dimas, Gestas, Magdalena,
Cirineo, Nicodemus
y José de Arimatea
y Apóstoles abrumados,
y sayones
con gestos de rabia y befa;
y las mujeres llorando
con Verónica
como aquel día en Judea
cuando por Jerusalén
fue Dios con la Cruz a cuestas...
Valladolid con sus «pasos»
y su silencio recuerda
tanto al Viernes de la Cruz,
que es la ciudad toda entera
—calles de hoy, calles antiguas,
esquinas, plazas, glorietas—
como el Calvario, el Pretorio

y la Amargura, promesa
de aquella Jerusalén
celeste que nos espera...
¡Venid a Valladolid!
¡Convertíos! que se acerca
Cristo, el que todo lo puede,
trayendo la Buena Nueva...
Seamos como astronautas
que alcanzamos las estrellas
a través de la oración
y la conducta más recta...
Vamos, a fuer de cristianos,
a darle a Cristo respuesta;
y cuando El nos interrogue
con dulzura nazarena,
en medio del renovado
triunfo de esta primavera,
digámosle con fervor:
Hicimos cuanto pediste,
y hemos sido sólo amor.
Por Amor, el que nos diste
y siempre de Ti nos llega,
Valladolid se te entrega
con su labrantío en flor,
con sus castillos en alto
que no resisten tu asalto
por dar un mundo mejor...
Esta tierra de Castilla,
noble en la Paz y en la Guerra,
fuerte, seria, fiel, sencilla,
defensora del honor,
esta tierra...
¡ES TODA TUYA, SEÑOR...!



PREGON AÑO 1970

EXCMO. Y MAGFC°. SR. D. LUIS SUAREZ FERNANDEZ

MUSEO DIOCESANO

*Santa Iglesia Catedral Metropolitana*

Veintiún pregoneros me han precedido en esta piadosa y recia —castellana— costumbre de comenzar con palabras la conmemoración de la Pasión de Cristo, el Verbo, la Palabra, Logos para los griegos, de una Suma Inteligencia que, desde el principio, estuvo unida al Hijo en el Amor. Que la palabra es producto de amor y de verdad o no es nada. Y tiemblo de pensar que pueda no ser digno de mis predecesores y que, precisamente ahora, en esta década que augura tan profundas transformaciones en nuestro mundo, ahíto ya de ciencia y de consumo, las palabras del prólogo a la honda manifestación religiosa española puedan resultar pobres. Pues he venido aquí —os ruego que no lo olvidéis— a levantar una bandera que es la mía y la vuestra, la de nuestros antepasados y —espero y deseo también con ahínco— la de nuestros hijos. Esa bandera que ha de estar desplegada sobre los techos de Valladolid toda una semana, del Domingo de Ramos al Domingo de Pascua.

Meditad conmigo. Meditad escuchando el rumor que nos llega de las calles, llenas unas veces de sonidos, como en la procesión infantil de la borriquilla; otras, de silencio como en el derramar del sermón de las Siete Palabras; otras, en fin, de oscuridad, como en la noche del Viernes Santo, cuando los cofrades se tienden largos sobre el frío suelo de la Catedral. Yo me he preguntado muchas veces, desde un rincón cualquiera de espectador al paso de las imágenes bellísimas, qué misterio se esconde tras este drama sacro que vive todo un pueblo, participando en él sólo pasivamente, recibiendo, en palabra e imagen, el supremo mensaje evangélico. Quienes se afanan hoy por demostrarnos que éstas son formas periclitadas de religiosidad deberían, saliéndose de sus estrechos círculos, abrirse también al contacto con estos sentimientos y, por lo menos, ofrecer una respuesta a tal pregunta. Los Sinópticos sabían bien de esto: todos coinciden en hacer tiempo clave de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, manifestación gloriosa de la unión en el amor que Cristo lograba con las gentes del pueblo que, acaso, no entendían aquello que estaba sucediendo, pero que eran capaces de sentir su enorme importancia. Lo mismo que, hasta hoy, estos pueblos castellanos han tenido la prodigiosa intuición de que en el breve ritmo del triunfo, la Pasión y la resurrección gloriosa de Jesús, el Salvador, se centra la respuesta teológica y filosófica al drama terrible de nuestras angustias existenciales: la trascendencia se incardina en la inmanencia y presta, de pronto, un sentido a la vida.

Pues se ha reprochado muchas veces a las conmemoraciones españolas de la Semana Santa —y a la de Valladolid antes que a ninguna otra— de una necrofilia que acaso no exista más allá de la mente de los acusadores. La primera sensación que Valladolid produce en estos días, a quien venga desde fuera a convivirnos, es la de una pletórica tensión vital que se halla a flor de piel, como dispuesta a reventar. No es un culto de muertos, sino de vivos; no es la tristeza de quien despide, sino la alegría de quien espera, tenso el ánimo. Lo que esperamos todos es un estallido de gloria con la resurrección de Jesús, el Salvador. Todo, en la Semana Santa, es preparación y tránsito, no complacencia en la tristeza y en la muerte. Por eso son sus

días feriados, en que el trabajo cesa por completo o, al menos, se reprime.

Triste es, para mí, la Semana Santa de cualquier otra de las grandes metrópolis del mundo, en donde el cristiano encuentra apenas la conmemoración de sus más íntimos misterios de fe refugiándose tras los muros de sus templos para participar en una liturgia recoleta que, por fuerza, es la liturgia de la muerte. Y no sale de ella salvo para huir aprovechando, paganamente, sus variaciones de Pascua que permiten olvidar las cadenas invisibles del monótono orden de nuestra sociedad de consumo. He dicho al principio que venía a alzar una bandera y ya está enarbolada. Por Valladolid, ciudad transformada en templo abierto, y por cuanto, desde ella y su Semana Santa, se contribuye a la defensa de la serenidad del espíritu humano. Que es sin duda, una de las obras más cabales que pueden proponerse a nuestro tiempo.

Estamos iniciando una nueva década. Y yo, que por mi condición de católico seglar no tengo demasiadas obligaciones a la prudencia, puedo deciros que la iniciamos bajo grave amenaza de escisiones profundas en la Iglesia de Dios; tan grave como la que se manifestó en 1378 ó en 1520. No me refiero, como es lógico, a los incidentes disciplinarios que brotan aquí o allá, ni a las disputas en torno a estructuras; unos y otros me parecen los rizos de las olas en el mar, que le proporcionan movimiento. Se trata de algo más profundo, un divorcio en las almas, un no sentir con los obispos y con el Papa, un exceso de temporalidad que por todas partes nos acecha. Ingredientes que sirven sólo a la confusión y que, de pronto, denuncian nuestras prácticas religiosas como inadecuadas. Sufro de escándalo cuando veo en qué medida se combate esta participación popular, sentida y arcaica, que son nuestras procesiones.

Fuertes corrientes de la conducta favorecen el despeñamiento. Cada vez nos amamos más a nosotros mismos. Cada vez nos sentimos más comprometidos con el mundo y menos con Dios. Muchos pretenden hacer del Evangelio una especie de programa social —la idea no es nada nueva—, como si el mensaje cristiano de la trascendencia pudiera achicarse hasta ser convertido en esperanza de mejora para el mundo que, sin la presencia salvífica de Jesús, el Cristo, es decir, la Divinidad encarnada, carecería absolutamente de sentido. Para muchos cristianos, la Semana Santa no es otra cosa que vacación aprovechable. Otros proponen que se la obligue a retornar de la calle a la iglesia usando argumentos que recuerdan a los de los fariseos, cuando reprochaban a María de Magdala un derroche en esencias para ungir al Señor de lo que podía ser repartido entre los pobres. Está alzada la bandera y no voy a arriarla. Pero no voy a culpar a nadie de cosas en las que, sin duda, soy igualmente pecador. Sólo pretendo llamar a voces de pregonero en la conciencia de todos nosotros para que, en la defensa de nuestro modo de conmemorar la Semana Santa, tengamos la certidumbre de que cumplimos una buena obra de Dios.

Frente al espíritu del mundo, Valladolid enciende, en las noches de la Semana Santa, las luminarias de su piedad. Así lo viene haciendo

desde siglos, obediente al mandato del mismo Evangelio que recomienda poner la luz sobre un candelero para alumbrar a todos los de la casa. Es la herencia que hemos recibido y que debemos conservar cuidadosamente. Está demostrado que el idioma que ella usa —combinación armoniosa de arte, liturgia y sentimiento— es capaz de llegar a lo más hondo de las almas humildes. De ahí el inmenso valor que tienen nuestras conmemoraciones. De ahí también la tremenda responsabilidad: cada año vienen, desde todos los rincones de Europa, gentes distintas para contemplarnos; en la medida en que no se responda a aquello mismo que afirmamos que es nuestra Semana Santa, estamos hiriendo a los espectadores con el escándalo. Valladolid entera tiene un deber ineludible en la defensa de la austeridad religiosa de estos días; por ella misma y por sus huéspedes. No debe quedar todo en un mudo despliegue de esculturas. El arte es vivo cuando a él se incorpora una cierta conciencia.

Nuestra Semana Santa —bueno es recordarlo— funde una triple tradición: la del barroquismo del siglo XVII, la del ordenancismo napoleónico del mariscal Kellermann y la del sentimiento religioso moderno del arzobispo Gandásegui, ese vasco prodigioso que tan hondas raíces ha dejado en el recuerdo vallisoletano. La variedad de origen —son un gallego, Gregorio Fernández, y un francés, Juan de Juni, quienes marcan las cumbres de la imaginería— explica bien el alcance universal de los logros. Hay, sin embargo, entre los tres momentos, cierto denominador común, que es la tensión espiritual y la apertura a un populismo de buena ley. El barroco intentaba compenetrar al hombre con las ideas abstractas haciendo representación de éstas. Los dramas más íntimos, los misterios más profundos de la Redención, tenían que ser expresados por medio de imagen y palabra. Es la época del teatro. Lo curioso —y nada sorprendente— era que el pueblo fuese capaz de comprender los autos sacramentales de Calderón. El napoleonismo —tiempo de gran orquesta— trata de identificar al hombre con un orden establecido: sus consecuencias serán, en la escena, el triunfo de la ópera. Cuando Kellermann dispone que salgan todas las cofradías de Valladolid, pero juntas y en un solo desfile, está intentando traducir la nueva forma de popularidad-espectáculo. La idea no era descaminada: los intelectuales, los esteticistas, podemos preferir las pequeñas procesiones que se deslizan entre calles estrechas a altas horas de la madrugada; para el pueblo sencillo y franco, la gran procesión —la «procesión» por antonomasia— es la del Viernes Santo, con el desfile de todas las cofradías. ¿Y qué decir ahora de don Remigio Gandásegui? Esta Castilla, que es la Castilla de Unamuno, tiene buena mano con los vascos, de quienes en definitiva naciera en la gesta de la Reconquista. El arzobispo popular inyectó a la Semana Santa restaurada el fondo de piedad litúrgica que la hace más notable. Porque, religiosamente, todo gira en torno a esa gran bisagra del Sermón de las Siete Palabras cuando el Verbo sale a la calle en manifestación de fe, en nuevo auto sacramental, para explicar el mensaje supremo de la Muerte y de la Vida, esto es, la Pasión.

Entremos en ella, con el recogimiento litúrgico que la Iglesia nos enseña a través del ritual de tales días. Sólo que en vez de leer los

evangelios uno detrás de otros, como impone el respeto de los textos escritos, vamos a revivirlos todos al mismo tiempo, en un drama barroco en siete tiempos y un plazo de silencio. Si no sois capaces de ver tras las imágenes otra cosa que la madera y la gubia y el pincel que les dieron belleza, forma y color, no vengáis conmigo. Sería imposible haceros entender este lenguaje. Porque se necesita a la vez penetración de mente y humildad de corazón. Las imágenes provocan en el ánimo aquello que éste tiene, y nada más.

Entró también Jesús un día en Jerusalén, montado en una borriquilla. Va humilde, en imagen sin arte, con la gracia ingenua de la buena intención, rodeando las balconadas de la Plaza Mayor, en medio de los coros desmañados de niños de todos los Colegios. Ninguna alabanza objetiva despierta. ¿Por qué entonces este soplo de vida que sacude a la ciudad entera? ¿Por qué acuden, año tras año, a ver el paso de esta procesión, pórtico de la Semana Santa? En la presencia de los niños, en el desfile al mediodía, en las palmas amarillas que se doblan con el viento, está la alegría que, sometida luego a sordina, no se hallará ausente en ningún momento. Tensa la esperanza, el alma, desde la «noche oscura» que dijera San Juan de la Cruz, sabe que va a ser salvada y se estremece ya porque, olvidando, como una madre, los dolores del parto, se prepara a la alegría de haber dado un nuevo ser al mundo. Pues todo sucede en el plano de la conciencia. El Lunes Santo, día del Dolor, los seis hitos del dolor de Cristo nos serán presentados conjuntamente a fin de que sepamos de antemano qué cosas esperan a la Humanidad transfigurada en Cristo. Que fue obediente por nosotros hasta la Muerte, y muerte de Cruz.

Mirad los Pasos; está en ellos todo el dolor de Cristo, el que vela en el Huerto de Getsemaní y reprocha a sus apóstoles que no hayan podido velar una hora porque «el espíritu, a la verdad, está pronto, pero la carne es flaca» (Marcos, XIV, 38). Los grandes músicos del barroco, alemanes y españoles, señalaban esos hitos en el dolor de Cristo que son el Huerto, la Flagelación, la Corona de espinas, el peso de la Cruz y el traspasar la carne con los clavos. Un artista moderno, Ingmar Bergman, buscador apasionado de la verdad del Hombre, que emplea las imágenes cinematográficas para exponer su pensamiento, ha podido escribir palabras tan estremecedoras como éstas: «No hay un sentido exacto cuando se habla de la Pasión de Cristo, ¿no es verdad? Se piensa demasiado en la tortura física. Pero esto no ha podido ser tan duro. Sí, perdonadme, esto parece desde luego un poco presuntuoso, pero con toda modestia puedo decir que físicamente he sufrido tanto como el Cristo. Además, sus sufrimientos han sido relativamente de corta duración, cuatro horas aproximadamente. Pero creo ver detrás de este sufrimiento físico un sufrimiento mucho mayor. Pensad en Getsemaní. Todos los discípulos se habían dormido. No habían comprendido nada, ni la comunión ni nada. Y en seguida, cuando llegan los oficiales de justicia, huyen. Y después Pedro reniega. Durante tres años el Cristo había hablado a sus discípulos y habían vivido juntos durante tres años. Sencillamente no habían entendido nada de cuanto El quería decir. Ni una palabra. Le abandonaron y quedó solo. Este ha debido ser un gran sufrimiento. Comprender

que nadie le había comprendido. Ser abandonado en el momento mismo en que se siente la necesidad de apoyarse sobre alguien. Un terrible sufrimiento».

Cierto. He ahí pues el terrible sufrimiento. Pero los hombres de la religiosidad tradic onal española, los forjadores de esta reserva espiritual que sigue sin agotarse, comprendieron. El Lunes Santo —y no sólo en este acto primero, sino también mucho más adelante—, las cofradías sacan al aire tenso de la primavera castellana una cruz desnuda, con el blanco paño que se agita, símbolo estremecedor de esa pavorosa soledad. El término de llegada del existencialismo kirkkegardiano hace un encuentro con el tremendo hallazgo de la Semana Santa. No en balde Unamuno fue capaz de escribir sus agonías entre las piedras milenarias de Salamanca, y Bergman fue descubierto, antes que en ninguna otra parte, en el Valladolid de los días inmediatos posteriores a la Semana Santa. El Rosario del Dolor —nombres que escandalizan a algunos soñadores de novedades— es un mensaje abierto a uno de los problemas del mundo actual, cuando Cristo, el Verbo amor de la palabra evangélica, vuelve a encontrarse casi solo por el temporalismo excesivo que a todos nos aqueja. Escuchad no la voz del pregonero, sino la voz profunda que nos llega de las remotas cuestas de la Historia, la que llama a la reflexión y al silencio para examinar, año tras año, cuantos pasos hemos avanzado —o retrocedido— en el camino de la cristianización.

Los evangelios no aclaran apenas qué cosas sucedieron en los días que separan la entrada triunfal en Jerusalén del prendimiento. No hay duda —y San Mateo, el más próximo a los relatos de testigos directos, nos lo dice— que durante ellos intensificó Jesús sus enseñanzas. Enseñanzas terribles que nos muestran a un Jesús iracundo, que arroja a los mercaderes del Templo, que acusa a los fariseos de hipócritas sepulcros blanqueados, que muestra la moneda y ordena dar a Dios lo que es de Dios, que anuncia para Jerusalén los castigos tremendos que ahora nos parecen llenos de actualidad. Para el Martes y el Miércoles —días litúrgicos de reflexión— nuestra Semana Santa ha reservado como desfiles el Encuentro y el Vía Crucis. Es importante entenderlos. Quienes acusan de ser mero espectáculo a esta conmemoración, tal vez sea porque no llegan hasta el Jueves Santo, cuando la preparación intimista está ya consumada. Quien no asista en Valladolid al Vía Crucis, como quien en Sevilla no asiste a la salida del Jesús del Gran Poder en el instante preciso en que se descuelgan los sones de las dos de la madrugada, se incapacita a sí mismo para entender el Misterio. Porque en Cristo padece la Humanidad entera y en su padecimiento se redime; el hombre necesita, por tanto, antes que otra cosa, compenetrarse con el dolor de Jesús, no ese dolor físico, sino el otro más terrible, de la incomprensión y el desencanto.

En esta soledad, el pueblo castellano —el mismo que hacía votos antes de tiempo de defender el dogma de la Inmaculada Concepción, lo que eran un reto al luteranismo y a los conciliaristas de Basilea— ha descubierto la gran figura de la Madre de Jesús, mediadora de todas las gracias, auxiliadora universal del hombre porque a través de

Ella se ha realizado la incardinación de la trascendencia en la inmanencia, es decir, la humanización de la Segunda Persona de la Trinidad. Que todo esto es profunda teología, ¡qué duda cabe! Pero la intuición popular, que era capaz de entender el Gran Teatro del Mundo de Calderón o las obras cargadas de teología de José de Valdivielso, ha comprendido muy bien todo esto y cierra cada desfile procesional acompañando a la imagen de María hasta su templo, en la despedida angustiosa a la Maternidad. María y Jesús se encuentran en la noche del Martes Santo. El hijo ha asumido ya el hábito nazareno que le prepara para el supremo sacrificio de la Cruz. La madre tiene clavados los cuchillos del dolor. En el encuentro silencioso se simboliza la aceptación, por uno y otra, del papel redentor que conjuntamente van a asumir. En el Vía Crucis del Miércoles Santo es el pueblo, redimido por la sangre de Cristo, auxiliado por la Virgen —poderosas imágenes de Gregorio Fernández y Juan de Juni— quien viene a incorporarse humildemente a la Pasión de Jesús el Nazareno. Como el publicano —de quien decía el Mesías en los días correlativos que habría de colocarse delante de los soberbios— este pueblo reconoce únicamente sus culpas y pide perdón e indulgencia, porque sin ellas le sería imposible seguir arrastrando la carne mortal.

Preguntaron los fariseos a Jesús cuál es el mandamiento principal de la Ley y respondió éste: «Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley, y los Profetas» (Mateo, 22, 37-40). Caminando en medio de sus discípulos, el Señor explicaba, según el testimonio de Mateo, el publicano, en las vísperas del Jueves Santo, esa suprema lección del evangelio de las postrimerías. Toque de alerta para quienes se demoran en las temporalidades, como el siervo infiel que no guarda la hora, o las vírgenes necias que dejan apagar su lámpara o el criado que entierra cuidadosamente su talento. Tarde de Jueves Santo, en Valladolid. Adelantándose a ganar el corazón de Cristo por el amor del hombre, sale, de tiempo inmemorial, la procesión de la Caridad, que lleva una imagen conocida como el Cristo de la Preciosa Sangre. Sangre que dio su precio para redimir a un enfermo cautivo, el hombre mismo. Por eso en símbolo se lleva tal memoria a los enfermos y a los prisioneros, no tanto para cumplir el rito formal de liberar a un cautivo —normalmente regalo bien escaso— cuanto por afirmar que, a los hijos de Dios ni el delito ni la enfermedad son nunca causa de abandono. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados».

El sentimiento católico del barroco, obra de Trento, afirmaba que el amor al hombre no podía ser en sí mismo un fin —disolución en la filantropía—, sino un medio, camino para el amor de Dios. Estamos ya saliendo de la noche oscura, y para el alma fiel, Jueves Santo es como un relámpago que brilla esplendoroso en medio de las tinieblas. Tres jueves hay en el año que relumbran como el sol, dice la vieja cantinela española: Eucaristía, Ascensión y Eucaristía, porque todo gira en torno al Sacramento, señal y testimonio. Pero el camino hacia

el amor de Dios, que es el mismo camino que conduce al Calvario, pasa por la calle de la Amargura. Por eso antes de brindarnos el desfile procesional de la Sagrada Cena, hay una cofradía que, en barrios extremos, saca a la calle la Virgen de la Amargura. Ninguna angustia; en el dolor, el cristiano conoce la secreta alegría de la certidumbre de su salvación. Día de muchedumbres. Cuando los divinos oficios terminan, las iglesias se ven invadidas por multitud de gentes de toda condición. Muchas personas tibias, que durante todo el año descuidan el cumplimiento de sus deberes religiosos, ponen el más cálido empeño en cumplir dicho día con el ritual acatamiento a Cristo que, hecho Pan de Vida, se ofrece en el altar. El Cristianismo acaba de revelar su gran Misterio: Dios hecho Hombre permanece por siempre entre nosotros renovando continuamente la encarnación, transustanciándose. La enorme carga filosófica que tiene esta palabra, esfuerzo de tres siglos de querellas teológicas, obliga a detenerse. Que la barrera que detuviera al hombre durante tanto tiempo ha sido rota. Cristo ha venido a abrir a la vida las puertas de la eternidad, a prestarla sentido. Ahora ya pueden abrirse las puertas de la catedral para que salga el paso de la Ultima Cena.

Desde la mañana del Domingo, hasta la noche del Jueves Santo hemos vivido un gran drama eucarístico. Cristo triunfa. Triunfa entre las palmas de su recepción en la Jerusalén imaginada. Triunfa en la aceptación dolorosa y voluntaria de la muerte de Cruz. Triunfa en la institución de la Eucaristía. Triunfa constantemente en el Amor. El mundo moderno reprocha a los cristianos el haber concedido tanta importancia al Amor divino que apenas si la dieron al Amor humano; muchos sucumben a lo que yo creo que es una tentación, detenerse en el camino convirtiendo la religión en un acto social o socializante. En el fondo de sus conciencias alientan las censuras de Feuerbach que consideraba al Cristianismo un fracaso porque, en dos mil años de existencia, no había conseguido cambiar la faz del mundo. Una gran polémica se halla entablada y, dentro de ella, como una parte misma y esencial, está la crítica a las conmemoraciones exteriores de la Semana Santa. ¿Para qué seguir rememorando la Pasión de Jesús, cuando todo debe transcurrir en el interior del hombre? Pero está dicho, y admitido de siempre, que el hombre es una criatura débil que precisa de los sentidos para entender, que recurre a las representaciones gráficas para expresar una fórmula matemática, que toca con sus manos las heridas. Pues todos estos actos del amor de Cristo tienen su forma externa, su representación, en las imágenes de la Semana Santa. Con razón o sin ella, los hombres del barroco pensaban que, en la interpretación cristiana de la vida, la Eucaristía, supremo sacramento —alianza, señal y testimonio—, debía ser presentada con brillantes signos exteriores. Y estaban seguros de que sólo el amor de Dios, meta final para el hombre, daba un sentido a la vida que, sin El, apenas merecía ser vivida.

Tras el triunfo eucarístico se abre el gran silencio. A la hora contemplativa y mística de la reflexión sucede esta otra hora profunda de la meditación. Largos hábitos morados se deslizan, sin ruido y casi sin gente, desde la penitencial de Jesús Nazareno hasta la Catedral,

al filo exacto de la media noche. Porque Jesús, el que vela en Getsemaní, va a ser preso, y los hombres, ahora que les ha sido revelado el gran Misterio, deben montar la guardia presurosa de sus almas en oración secreta. Tendidos en el suelo, los protagonistas del gran silencio, están atentos. Otros acuden pronto a tomar el relevo en esta noche tan pletórica de evocaciones: son los humildes acompañantes del Cristo de los Carboneros, que salen también antes que el alba apunte y se esconden con los primeros rayos del sol. Poca, muy poca gente también, en las empinadas calles del Valladolid originario, que guarda los recovecos de sus viejos ríos, que reflejaran la cerca del conde Ansúrez. En el silencio más hondo, hemos hecho un tránsito. De la Eucaristía pasamos a la Palabra. Empieza el Viernes Santo.

A caballo, los pregoneros convocan ya a la ciudad para el gran acto. Auto de fe sería para los hombres del siglo XVII. No es necesario que haya herejes relapsos ni reconciliados para que tome este nombre una concentración como la que concurre a la plaza, engalanada de negros crespones que la apartan de toda diversión. Es la hora del gran proceso de Cristo, de su sentencia y de su Muerte. En las horas tempranas del día, Jesús el Nazareno había proclamado su misión ante las potestades escalonadas de Jerusalén: el sanedrín religioso de los judíos, el rey títere de Galilea, el procurador romano de Palestina. Los historiadores modernos discuten —y no deja de ser galana disputa— acerca de quién hubo de tomar la pesada responsabilidad de la sentencia porque a nadie, judíos ni gentiles, gusta asumir ahora el peso de la sangre del justo, el gran crimen por antonomasia. Era aquélla la hora cero, a partir de la cual el mundo, deshecho, empezaría a recomponerse sobre bases diferentes. En la Semana Santa de Valladolid se conmemora el hecho con las palabras que Cristo pronunció en la Cruz. Un orador sagrado hace la glosa, pero no es ésta, sino aquéllas lo que importa. La multitud, absorta, contempla la imagen de Cristo entre los dos ladrones; la injusticia rodeando a la suprema justicia. Padre, perdónales porque no saben lo que hacen. Madre, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu madre. Tengo sed. En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso. Dios mío, ¿por qué me has desamparado? En tus manos encomiendo mi espíritu. Todo está consumado.

En efecto, todo está consumado. La palabra termina y la historia empieza. Mil novecientos treinta años de historia, de tanteos, caídas y recuperaciones para lograr la libertad del hombre. Que Cristo murió para eso, para hacer al hombre capaz de aspirar a la libertad. Verdad profunda, complicada y, al mismo tiempo, de paradójica simplicidad: pues Jesús murió —decía el catecismo del padre Astete— para librarnos del pecado y de la muerte eterna. Es decir, para darnos la vida. Pues la libertad no es la palabra-bandera que se esgrime al compás de los vientos políticos, buena para cualquier programa, sino una dimensión del hombre que consiste en superar las limitaciones de la temporalidad y la materia. La historia misma no es otra cosa que la conquista de la libertad, la transmutación del hombre de la inmanencia pura al soplo de la divinidad. En este camino, en esta conquista, cuántos tropiezos, cuántas recaídas. La fra-

gilidad humana necesita a cada instante recobrar la estabilidad perdida. Y para ello, en la mañana del Viernes Santo, Cristo le ofrece como punto de apoyo el árbol de la Cruz.

Día de ayuno y penitencia, Viernes del Dolor. El gran drama se ofrece ahora en panorámica, cuando la tarde cae y empiezan a encenderse los faroles, luminarias modernas para la vela del Salvador. Van a pasar, delante de nosotros, todas las cofradías. Conocemos sus pasos en gran número, pues las imágenes han cumplido ya parte del programa. Pero en la noche del Viernes cambia enteramente su papel y vuelven a ser, expresiones dramáticas de un arte teatral, la representación de la Pasión y Muerte del Salvador. Los valores estéticos priman abiertamente sobre simbolismo o liturgia y la Semana Santa se abre finalmente, como una flor, para convertirse en gran espectáculo. Que esto no nos extrañe: el teatro nació en las puertas de las catedrales y la danza estuvo incorporada durante mucho tiempo al culto divino. En la acertada plasmación que la escultura castellana alcanzó con los grandes temas de la Pasión, se encierra también para los iletrados una enseñanza que se renueva cada día. Que hay dos vías para el conocimiento, y la sensitiva no debe considerarse en modo alguno inferior. Conviene recordar que los artistas que fabricaron las imágenes, pensaban éstas en función de la representación nocturna: a la luz de las velas las carnes cobran vida y los mantos se mueven; luces y sombras juegan al mejor expresionismo.

Pasa ya la procesión por antonomasia, el gran desfile de la pasión. Inmensa muchedumbre toma su sitio en las aceras rellenando los huecos. Desde la mañana las sillas previsoras han inundado la calle. Pues en esta representación, que es diálogo entre actores y espectadores, todo el mundo tiene un puesto que ocupar y nadie escapa al embrujo del instante. Vuelve a pasar la Cena y la Oración del Huerto y la Flagelación. Los sayones se afanan, desde su esqueleto de madera, en suplir el odioso papel que el drama les reserva. Judas, el traidor, oculta cuidadosamente su rostro. Buenos y malos aparecen perfectamente definidos. Aquí no hay medias tintas, y los traidores tienen la ropa negra de la maldad proterva. Pero el drama cobra mayor intensidad cuando Jesús aparece solo, atado a la columna o presentado al pueblo. He aquí al Hombre, la Humanidad en que Dios ha querido encarnar para librarla de sí misma. El terrible drama de la soledad de Cristo sale entonces a luz, desesperadamente. Y este Cristo atado a la columna ha sabido arrancar los destellos más ágiles a la gubia del escultor. Ninguna concesión al manierismo; la carne lacerada forma una rugosidad llena de sangre en la espalda desnuda.

Ya están clavando a Cristo. Ya le elevan en la Cruz. Ya reparten entre sí los soldados sus parvas vestiduras. Ya está la luz del mundo sobre el candelero del Calvario para alumbrar la Humanidad entera. Paso a paso, asistimos a la agonía lenta del condenado a muerte. Y se estremece la ciudad entera porque estos Cristos, nacidos de la más convencida fe que haya podido imaginarse, son sin embargo una condena de la intransigencia. Pues Jesús murió —y tal es el sentido popular del drama sacro— por un acto de cobardía, porque Poncio Pilato —en quien se mira toda autoridad— puesto entre compromisos

ineludibles, el sanedrín y el César, prefirió tomar, sin convicción, el camino más cómodo de doblarse a la doble violencia, del soberano en Roma y del populacho en Jerusalén. Pueden venir ahora historiadores modernos para matizar con detalles menudos los aspectos jurídicos. En la mente del pueblo la lección sigue siendo la misma. Pilato, el cobarde, que lavaba las manos porque en ellas veía la sangre del Señor, es el espejo viviente de la hipocresía. Que no supo defender al inocente e indultó en cambio al criminal.

Cristo agoniza entre dos forajidos. ¿Fueron ladrones, esclavos fugitivos, desertores o revolucionarios? Poco importa. Cristo, nacido en el exilio de Roma —según la feliz frase de Vintila Horia—, muere entre desterrados de la gran sociedad opulenta del siglo I. Exterior al Imperio, el cristianismo no se identificará en modo alguno con los agitadores que buscaban sustituir la tiranía ordenada de Tiberio por otra, desordenada y sangrienta. He aquí la tremenda lección de esta palabra —parábola, es decir, ejemplo—. Pues uno de los forajidos se condena y el otro se salva. Se condena aquel que, incapaz de librarse de los lazos de la temporalidad, maldice a Dios en el momento de la muerte porque no le prolonga la vida y venga su dolor en los verdugos. Y se salva quien, renunciando en el supremo instante, al amor de sí mismo, descubre el verdadero secreto de la existencia humana en el amor de Dios. Gregorio Fernández lo entendía así: «Al rostro crispado de uno opuso la sumisión del otro». Cristo, obediente por nosotros hasta la muerte. Esta es la tremenda lección que el mundo actualmente rechaza. Porque no se conforma con promesas de transcendencia. Porque ve en ellas más bien una gran burla. Porque aspira, aquí y ahora, a una felicidad que el ser humano, ser arrojado en el mundo, ser para la muerte, no podrá nunca encontrar. La lección suprema de Cristo en la Cruz es la contrapartida de la angustia; es, en suma, la esperanza.

Cristo ha muerto. La Madre y los discípulos, con José de Arimatea, le descienden de la Cruz y le conducen hacia el sepulcro. Es la hora suprema de la muerte. Todo se calla. Pues el Cristo muerto, premisa necesaria para el Misterio de la Resurrección, sin cuya certeza nuestra fe sería vana, según dice San Pablo, pasa sumido entre velones, yerta la carne amoratada por el sufrimiento. Pero es también la hora de la suprema soledad. Ahí viene la cruz vacía, dando al viento, como ínfulas de una mitra episcopal, los colgantes del paño que envolviera el cuerpo del Redentor. El procurador romano, asustado de su siempre excesiva responsabilidad, ha dispuesto la guardia. Y la fatiga del día rinde el cuerpo de los soldados que duermen.

Estamos en el plazo de la gran interrogante. Como la semilla, que ha de undirse en la tierra para que de ella broten nuevas plantas, así el cuerpo de Jesús ha bajado al sepulcro. En el largo día del sábado hay dos conmemoraciones: una en torno a la Madre que simboliza ahora la absoluta soledad; otra, en torno al propio Jesús bajo la advocación sublime de la luz. Las mujeres toman la delantera y la exclusiva para acompañar a la Virgen María. Curiosa procesión, desfile apresurado y sin espectáculo de masas femeninas de todas las edaddes, que marchan entonando oraciones

y cánticos. En la maternidad de María no se vislumbran ahora las profundidades teológicas que los concilios insisten en revelar, sino el simple y espontáneo gesto de una caridad de mujer a mujer, que sabe de instintos de sufrimiento por la pérdida de los hijos, de los padres, de los maridos o de los hermanos. La mujer española, ese gran protagonista silencioso de nuestra historia, toma en tal ocasión la primacía. En torno al Cristo de la Luz se aprietan los docentes, aquellos que, por su vocación, se hallan más necesitados del auxilio luminoso de la gracia. Es todo un síntoma, un doloroso síntoma, el declive vertical de dicha hermandad en los últimos años.

Vacías, las iglesias muestran los alveolos de sus puertas abiertas. La ciudad, interrumpidas también las diversiones, muestra un encanto extraño, de suspensión de vida. Pero ya no habrá que esperar muchas horas antes de que las campanas anuncien que Cristo ha resucitado. Desde hace diez años una nueva procesión viene a cerrar el círculo completo. Aunque no figurara en la tradición, su presencia es muy lógica. La tensión emocional de este gran drama necesita el epílogo que explique cómo, concluido el gran Misterio, la vida ha vencido a la muerte y ha librado al hombre de las cadenas inexcusables de la carne.

Terminan ya, sin arte, las palabras del pregonero de este año. Con la Semana Santa se inicia en Castilla el ciclo de nueva primavera, la esperanza en los soles y lluvias que han de granar en la próxima cosecha. Aún perduran, pese a la rápida industrialización, los aires campesinos de esta ciudad, capital de la meseta. Conservando sus viejas tradiciones, poniéndolas al paso del nuevo ritmo creador; estos hombres recios, a quienes curten vientos y heladas de invierno, soles y trabajos del estío, están mostrando la robusta vida que les posee. Mientras el espíritu que alienta en las conmemoraciones de la Pasión, y que brota en nuestras calles como fuente de vida, siga alimentando el hondo de sus almas, Castilla será reserva para nuestro mundo. Y el Pregón debe ser sólo eso, un canto de esperanza en que todo ello haya de producirse. He dicho.

PREGON AÑO 1971

EXCMO. SR. D. JAIME DE FOXA (CONDE DE ROCAMARTI)

MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA

*Salón de Sillerías*

Excmos. Sres., Sras., Sres.:

Iniciar un Pregón. Querer hacer vibrar un clamor de atención y de llamada, siempre es trascendente, lo mismo en justas literarias que en militares conflictos o incluso en convocatorias de política intención.

Que todo clarín —vigilante o castrense— guarda misterio, o como se dice en más vulgar lenguaje, «manda fuerza» y no puede ponerse en duda, que al fin y al cabo oficios como este de anunciador de hechos trascendentales; de heraldo de acontecimientos decisivos tiene una vasta y lejana tradición, presidida por incomparables ascendencias.

El Arcángel Gabriel, no fue sino un milagroso enviado que en la más fina y tierna de las salutaciones anunció a la doncella elegida de Dios —entre piropo divino y predicción dramática— el cumplimiento en ella de la más alta de las promesas.

Y cuando ya tal promesa se hace carne y con palabras del «Angelus» habita entre nosotros, otro heraldo —este mínimo y débil como las palmas del desierto batidas por el viento— sale por los caminos polvorientos, incendiados de soles a prevenir al mundo que el tiempo se ha cumplido y a punto está de madurar en verbo y en amores Aquel del cual no se siente el Profeta digno de desatar ni siquiera las hebillas de sus sandalias.

Juan el Bautista, mantenido con higos y miel silvestre, mal cubierto de pieles sin curtir, iluminado por la revelación deslumbradora, constituye con el Angel de la Anunciación el más singular precedente de este papel de nuncio y pregonero que ha caído en la torpeza de mi condición y en la exigüidad de mis méritos para exaltar, nada menos, que el más extremecedor de los misterios, conmemorado, por si fuera poco, en la más emotiva y luminosa ceremonia del calendario litúrgico de la cristiandad.

Sí; la grandeza teológica de estos predecesores excelsos del clarín pregonero agravan la responsabilidad de quienes en tales menesteres se inmiscuyen, pero es que, además, en este caso particular circunstancias especiales empeoran la situación del aprendiz de orador con la pesadumbre de una carga desmesurada.

Veréis; una pluma, de recuerdos para mí bien próximos y entrañables, al suponer en una de sus obras teatrales cierto diálogo entre dos clérigos, eventualmente reunidos en un viaje en cierta posada del camino, ponía en boca de uno de ellos prudentes consejos de predicador que el otro —menos experimentado quizás— oía con respeto. Aquellos consejos comenzaban así:

> Si habláis en Valladolid,
> usad cortesana lengua,
> porque al fin fue capital
> y aún el perfume le queda.

Comprended ahora con cuán cuidado idioma y cuán exquisita cautela me veo precisado a acometer la empresa de esta noche, atendiendo a la vez al respeto que el incomparable castellano que por estas

tierras —tierras benditas— se articula y al peso de ese oficio pregonero que tan celestes y prodigiosos patrones tiene en su estirpe convocadora.

Pero para las ocasiones se inventaron las decisiones atrevidas y a la empresa me lanzo, contando de antemano con que si el buen hablar de esta ciudad impone respeto y prudencia a las palabras, también su tradicional benevolencia y su vieja generosidad dan confiadas alas a la osadía y pueden mitigar las inquietudes y los sobresaltos.

Vuele, pues, en primer lugar y no por hábito, sino por expresión sincera de gratitudes reales, mi reconocimiento profundo hacia el Sr. Alcalde de la ciudad y a la Junta de Semana Santa, que él preside, que en uso de esa cordialidad a que antes aludía, pero tal vez con inquietante error de desproporción entre tema y comentarista, se acordara de la modestia de mi nombre para incorporarlo a esa larga lista de pregoneros de la Semana Santa vallisoletana en que tantos y tan prestigiados nombres comparecen.

Dios premie la intención que guió sus acuerdos y os permita a vosotros disculpar en cambio sus consecuencias.

Que ahora, sin más preámbulos, acudo yo al honor del encargo inmerecido no sin hacer público, al enfrentarme con el misterio evocado y con el prodigio presente que lo conmemora, la sensación de cegador deslumbramiento, de casi inhibidora admiración que produce al recordar lejanas procesiones de otros tiempos o imaginar los que este año de gracia desfilarán por las vías de vuestra ciudad, en el filo de la belleza y de la angustia convirtiendo las encrucijadas urbanas, normalmente utilitarias y grises en dorados relicarios andadores y sagrados tesoros luminosos.

Luces, bordados, túnicas, plegarias... Pero sobre todo el conjunto religioso y estético de los desfiles incomparables, el milagro de la madera hecha vida y, lo que es más difícil, hecha muerte; pero muerte capaz de volver a ser vida y de resucitar de entre los muertos.

El enigma es abrumador. La leña, hecha carne flagelada; el fuste arbóreo convertido en divina contorsión martirizada; el pinar trocado en muchedumbre apasionada por obra y gracia del genio asombroso de unos hombres ungidos por el óleo impalpable del arte.

Si hubiera que resumir en una sola frase la grandiosidad única de estas procesiones castellanas que inundan de misterio la sobriedad de los cielos de abril, quizás cupiera la posibilidad de definirlas diciendo que expresan la exaltación de la madera hasta las cumbres de la belleza y del fervor.

El viejo pino de Castilla, arraigado en la áspera orografía de las tierras del Duero; erguido como un penacho gentil entre crestones militares bajo el planeo blando de las águilas, quiere volar también y alcanzar las serenas soledades de los cielos teológicos sometiéndose a la docta maestría de los imagineros.

Y así sucede que esa cosa tan elemental y tan familiar que es la madera, llega a ser expresión dolorida en la mirada de los crucificados; prodigio de dedos mansamente enlazados en las manos de las Dolorosas o músculos hinchados en el esfuerzo cruel de la soldadesca

y de los sayones.

Nadie puede suponer, contemplando la sencillez geométrica de un árbol, que al cabo no es sino una fuerte columna vegetal aureolada de verdes conclusiones, que de la honradez de sus entrañas perfumadas; de su corazón y de su albura (bellos nombres, técnicos y poéticos al tiempo) puedan surgir apóstoles de rizada barba, vírgenes de expresión candorosa, ángeles de alas ondulantes como las nubes tras el aguacero...

Y eso que ya era previsible esta vital posibilidad del leño de transformarse y glorificarse como un insecto que —primavera llegada— sabe trocarse en mariposa dejando atrás sus feas metamorfosis de sucio capullo o de oruga reptante.

Porque ya no sólo en maravillas de escultura religiosa, sino en papeles de leal compañera existencial, la madera ha servido (y digo «ha servido» con nostalgia) a los hombres para cumplir mejor los más sencillos y más trascendentales minutos de su aventura.

De madera —ya es cita repetida— era la cuna que acogía el llanto diminuto de los recién nacidos. De madera, el siniestro envase final de sus postrimerías. Y entre ambas medias lunas del paréntesis que cierra en alfas y en omegas nacimientos y despedidas, toda la gama de leales colaboraciones prestadas al cuerpo y al espíritu del hombre por la pobre y humilde madera de sus árboles amigos.

De madera se fabricaron lo mismo las barquichuelas pescadoras de Tiberíades, que oyeron a Cristo imponer paz a la furia de la tormenta que las naos atrevidas que llevaron la propia paz de Cristo a otras riberas.

A trabajar la madera en noble oficio de artesanía humilde dedicó el Salvador aquellos grises años en que se limitaba a crecer en sabiduría delante de Dios y de los hombres; al pie de la madera viva de los olivos de Getsemaní sufrió su noche del amargo cáliz. Y de dos maderas ensambladas en forma desde entonces venerada y bendita, pendió —exangüe— su cuerpo en el trance tremendo de la muerte de un Dios.

Sí. Quizás de todos los elementos puestos a disposición del hombre por la omnipotente imaginación creadora —piedras, metales, pieles, huesos, lodos o marfiles— sea precisamente este cadáver de árbol, esta moldeable, obediente y generosa madera la que desde más cerca y con mayor ternura ha entrado a su servicio de compañera fiel.

Leño hecho ascuas rojas en las modestas cocinas campesinas; astilla hecha luz de resinosas teas por tierras de pinares; fuste hecho vida labrada en los artesonados milagrosos, no ha rehusado las funciones modestas de ser mango de azada, apero de labranza, cuchara de cazuela o yugo de cervices vigorosas con la misma humildad con que ha aceptado la gloria de convertirse en puertecilla de sagrario, coro de catedral o —como el olmo de Machado —melena de campaña.

Pero tal vez, prescindiendo de la cruz fabulosa que testificó el sacrificio redentor, el más elevado destino a que pudo aplicarse la madera fue a éste de las divinas tallas, de la imaginería asombrosa, que

encuentra en Valladolid su encarnación más afamada y admirable.

No puede concebirse dignidad más inmaterial y más sublime que la de alcanzar perfil de santidad sin más taumatúrgico proceso que el de una fe inquebrantable, una ágil gubia y un resplandor genial en la mente y las manos del artífice.

De ahí, que este desfile incomparable de Valladolid; este silencioso caminar de los «santos de palo» por callejas y plazas, constituya para el mundo entero algo así como el triunfo de la nobleza vegetal que de la tierra surge y la apoteosis luminosa de la madera santificada.

Los nombres consagrados e inmortales —Berruguete, Gregorio Fernández, Juan de Juni—, unidos a los de menos conocidos e incluso ignorados autores de tanta maravilla, levantaron el inexpresivo material nacido de los suelos y hacia la nube erguidos, como un mástil valiente de esperanza y de sueños.

Pero, además, sobre la trabajada teoría de formas y volúmenes perfectos, proyectaron la gracia jubilosa del color, convirtiendo en deliciosas joyas las toscas tablas a que infundieran vida.

La madera se vistió de oros y de platas; de azules marinos y de rosas virginales; de color carne y de color de tierra; de rojos sangrantes y de lívidos verdores de agonía.

La escultura policromada conquistaba en la esfera del Arte el puesto privilegiado que a sus creadores debía y al tema religioso dedicaba.

Por eso resulta natural que, cuando los «pasos» procesiónales retornan tras su armoniosa singladura urbana a los puertos callados de donde el fervor popular los arrancara para conmemoración de acontecimientos imperecederos y gala de la ciudad enlutada, la atención de profanos y estudiosos, de curiosos y de viajeros, los persiga hasta la soledad de los templos o de las salas donde descansan y busque, detrás de la filigrana de la portada de San Gregorio, hecha de piedra y heráldicos encajes, cargada de nobles armaduras y leones rampantes en derroche de calada orfebrería, el asombro de este Museo Nacional de Escultura Policromada, que al enaltecer a Valladolid, enorgullece a España.

¡Ah, los sencillos materiales, los colores auténticos, la fe sin suspicacia ni fisura, los tiempos sin artificio y sin engaño!...

Hoy en que por nuestro mal, plásticos y resinas sintéticas han eliminado la estirpe ornamental del roble o del castaño. En que a las finas chapas de oro cierto vienen a sustituir los colorantes químicos y a la fe recia y firme de nuestros mayores ha sucedido una modernizada religiosidad contemporizadora y vacilante, las procesiones de Valladolid —serias, hondas, auténticas— cobran si cabe un mayor valor consolador y trascendente.

Porque aquí, la madera es madera; el arte, arte; el oro, oro, y la fe, fe. Porque aquí no hay sucedáneos comerciales para disfrazar los valores eternos que componen el armazón de un modo de ser y una cultura. Porque aquí todo es real y sencillo, teológico y honrado, como corresponde a la seria y creyente tradición de la vieja Castilla.

Y no nos asusta pensar que en estos tiempos quizás Juan de Juni o Gregorio Fernández hubieran aspirado tan sólo a ser calificados técnicos industriales en una empresa de polivinilo. Ni que la triunfante imaginería que por el nocturno Valladolid desfila pudiera, con más sentido práctico, ser sustituida en su día por una liviana colección de figuras de modernos materiales sintéticos.

No; lo atroz es que a la esfera inquietante del espíritu, al mundo estremecedor donde se agitan con dolor y con llanto los anhelos humanos de supervivencia y de consuelo, también han alcanzado estas grises mareas de los sustitutivos urgentes y los módulos confortables.

Frente a la recia madera de la entereza y la virtud, el plástico moral de la indiferencia y el conformismo; sobre el oro brillante de la firme esperanza, la siembra química de las dudas y de los distingos. Y ante la fe total, sin fisura ni quiebra, esta otra tibia fe dialéctica e insegura que para colmo de males recae luego sobre la normativa de las conductas, justificando las peores aberraciones y amparando las desviaciones más peligrosas.

Se está intentando nada más y nada menos que matar al diablo. Que eliminar al diablo. Que prescindir del diablo. Pero no al modo guerrero del San Miguel alado, beligerante ante el dragón del mal, sino al modo precavido y científico del siglo: ignorándolo, silenciándolo.

Muerto el diablo, el pecado perece. Al delito se le cambia el nombre. A la infracción moral se la disculpa benévolamente. Y al confesor sucede con fortuna el psiquíatra, que explica con razones científicas cómo pueden incumplirse sin malignidad responsable las columnas fundamentales del Decálogo. De ese Decálogo que una noche tremenda de rayos y zarzas encendidas confiara Yahvé a la estupefacción rendida de los pueblos.

Y ya todo puede explicarse mediante alteraciones somáticas taras hereditarias o reacciones fisicoquímicas de las células. Se pretende que el ácido oxirribonucléico sustituya a la conciencia. Los principios del bien y del mal —aquellos que en símbolo de árbol de frutos prohibidos costaron un Paraíso a los primeros padres— comienzan a diluirse y emborronarse como si una niebla densa y peligrosa hubiera decidido surgir de la tierra al morir la serpiente.

Y se trastocan los valores. Y se tergiversan las bases del pensamiento. Y se hace madeja enmarañada del que fue fácil hilo de clarísimas doctrinas.

No. No es buena hora esta para las ideas diáfanas y las razones firmes.

Pero por celeste merced, todavía nos es dado, entre la bruma, asistir a conmemoraciones como la que aquí —y en esta noche— me toca anunciar y enaltecer, que remozan la savia de la divina gracia y levantan el alma decaída hacia las verdades inmarcesibles.

... Valladolid. 1971... 1971 años han transcurrido desde que algo mágico y asombroso obligó a adoptar su acontecer como punto de partida —como punto O— de las cronologías humanas.

1971 años desde que algo insólito y definitivo obligó a elegir su impacto singular como hito fundamental en la medida del tiempo.

Y aturde —y consuela a la vez— pensar que hace 1971 años ni murió un general heroico, ni se descubrió ningún ingenio revolucionario para el bienestar colectivo, ni nació un emperador victorioso, ni se decidió el destino de las naciones en batalla descomunal, ni siquiera, como hace bien poco se puso el pie en las desnudas soledades de un lejano satélite.

No. El milagro es mayor. Hace 1971 años no ocurrió aparentemente nada especial ni digno de recuerdo, sino que se limitó a nacer en el seno de una humilde familia de cierto modesto país esclavizado y rodeado de circunstancias bien mezquinas, el hijo de un pobre carpintero.

No había ni púrpuras, ni espadas, ni triunfos técnicos, ni laureles ni soberbia humana en torno a la frágil figura del recién nacido.

Pero pasarían los años. Para minimizar aún más la insignificancia de la fecha, un cadalso humillante cortaría en flor el discurrir del manso verbo peregrino. Sus discípulos, pescadores de malzurzidas redes, extenderían con elemental rudeza la semilla aprendida por los confines de un mundo limitado y hostil.

Pero a pesar del ámbito ingenuo y la cortedad de la proeza, y parafraseando a Sienkiewitz, asombra pensar que el Imperio Romano pasaría; que sus legiones pasarían; que los césares pasarían; que pasarían motines y tiranías; que sabios y guerreros pasarían; pero que el Reino del Hijo del pobre carpintero no acabaría nunca...

1971. Abril llegado, toda la cristiandad, en unánime duelo, conmemora y revive en su liturgia la muerte en cruz de Aquel que en tan desvalidos pañales se criara.

1971. Una vez más, esta ciudad, también insólita, símbolo eterno de una raza especial y de un estilo inconfundible, abre sus museos prodigiosos y sus templos oscuros para que de ellos surjan a la brava intemperie de Castilla las imágenes, «los pasos», los «santos de palo», los capirotes, los hachones y el fervor que han de revivir en los umbrales de la primavera el duro otoño padecido por Cristo en su pasión amarga.

¡Aquí sí que es llegada la hora del Pregón y del anuncio!.....¡Ahora sí que deben sonar interiores clarines de convocatoria y de alerta!

Ahora sí que la misión anunciadora ha de afrontar la responsabilidad comprometida y, arrostrando los riesgos del empeño, erguirse con arrogancia deducida del objeto de su convocatoria y humildad nacida de su propia y mínima capacidad de verbo, para gritar a los vientos todos de estos campos bendecidos por Dios la noticia que emplaza a las gentes para fechas de congregación y de paz.

¡Vecinos de Valladolid; viajeros que llegáis por unas horas a ser huéspedes de la vieja ciudad que un día presidiera los destinos eternos de la Patria; castellanos de las vecinas tierras; amigos de campiñas más distantes; gentes de toda condición, moza o madura, rica o pobre, alegre o dolorida...

¡Oid!... Como en muchos humildes y admirables pueblos de esta Castilla nuestra, pero sin corneta penetrante ni redoble de gastado tambor, el pregonero —con el alma en puntillas por mejor alcanzar oídos apartados— en el nombre del Sr. Alcalde, que es tanto como decir en el nombre del pueblo simbolizado en la añeja tradición municipal, hace saber:

Que se acerca, solemne, deseada, milagrosa, la Semana Santa, que congrega en calles y plazuelas, en avenidas y glorietas, el fervor encendido de una raza en torno a la conmemoración de la más alta de las coyunturas históricas del planeta.

Pero que esta recordada sucesión de estampas dolorosas, halla en Valladolid su traducción más austera y más simple, como corresponde al abolengo honrado y recio de los surcos que arañan la epidermis de su campiña, poblada de nostalgias y de hondura teológica.

En ella lucen sus honestas galas cosas tan simples como la cera, que fabrican con flor sencilla de retama o de brezo las abejas; como la seda, que hilan gusanos insignificantes entre las verdes hojas; como el incienso, que arde en mínimas ascuas al compás pendular de la liturgia. Como la madera, en fin, que de la sencillez vegetal de los pinares callados, pasa a trocarse en expresión divina, en amargura maternal o en ira de asalariadas violencias.

Que ésta es la Semana Santa del dolor sereno, de la fe auténtica, del fervor permanente.

... Arriba, las estrellas, limpias, claras, como joyas heladas en el azul nocturno de Castilla.

... Y abajo, la propia Castilla, hecha de luz de estrellas reverentes, de luces parpadeantes para acompañar el lento avance de sus «Santos de Palo»...

¡Ah!... ¡Sí!... En los tiempos de la duda y las desilusiones, de la tecnología triunfante y la espiritualidad decreciente, Dios mantenga en esa Castilla, en este Valladolid profundo y creyente, perpetuada en imágenes de madera santificada, la devoción a la pasión y el sacrificio de aquel Hijo de pobre Carpintero que vino a la vida en pañales humildes para luego ofrecerla —por amor a los hombres— pendiente también de unos troncos de sencilla madera...

Valladolid, 26 de marzo de 1971.

EDITADO: JUNTA DE SEMANA SANTA - EXCMO. AYUNTAMIENTO
REALIZACION: GRAFICAS CASTILVIEJO VALLADOLID

*Depósito Legal VA 514 - 1972*